

# A veces prosa

## ¿Quién dijo que Fernando Savater necesitaba presentación?

Adolfo Castañón

Las ocho letras de su nombre y las siete de su apellido forman parte de nuestro paisaje y de nuestro *cronotopo*: tan nuestro y entrañable es Fernando que estamos dentro de él como los monos en Tarzán. Más cronopio que fama, para decirlo con la jerga de Cortázar. A Savater no hay que confundirlo con el estudioso de los primates y chimpancés: Jordi Sabater Pi, el eminente primatólogo catalán que, a semejanza de nuestro Fernando, y no son parientes, ha ido tras las huellas del ancestro perdido en los cascarones de nuestras vainas y armaduras contemporáneas. Fernando tampoco es un personaje de Denis Diderot, Robert Louis Stevenson, Daniel Defoe, Julio Verne o Emilio Salgari —autores cuya admiración no oculta—. Tiene algo de Robinson Crusoe y algo de Viernes que saben del naufragio de la civilización y de las formas en que vamos reconstruyendo su música signo por signo. “Viene Fernando a México y quiere que lo presentes”, me escribe con tono disimuladamente desesperado su evangelina representante, pidiendo que confirme mi presencia en este mismo acto del 28 de octubre de 2014: 28 de octubre, fecha en que se recuerdan los nacimientos de Erasmo de Rotterdam (1467), de James Cook (1728), el navegante y viajero inglés, del fastuoso Valle-Inclán, Ramón María del Valle-Inclán (1866), en cuyas andanzas por México reconocemos algo del peregrinar savateriano (quizás algún atrevido comparatista contraste, algún día, los itinerarios de ambos exploradores del histórico esperpento). Acepto, claro, astrónomo o no soy amigo de las estrellas, aunque si todo éxito se debe a un malentendido, según dice Fernando que le dijo Cioran, yo me pregunto a qué comedia de errores se debe esta invitación para que yo el invisible reyzeuelo



Fernando Savater con Adolfo Castañón

acompañe al fulgurante Savater. Pero no está mal la coincidencia trazada por estos nombres para saludar hoy a Fernando Savater (21 de junio de 1947): un filósofo de la concordia, un atrevido navegante y un escritor tan enamorado de América que terminó fundando con su *Tirano Banderas* la novela de dictadores latinoamericana. Como Erasmo, Savater es un intelectual y un escritor incómodo: la concordia, la búsqueda de la armonía, el afán por no perder el buen juicio y el buen humor no son muy populares en esta época enamorada del vértigo. Tampoco lo ha sido siempre él. Su abierta toma de partido en contra de las fuerzas oscuras de ETA en España le valió una vividura singular: andar acompañado las 24 horas por un elemento de seguridad, en México diríamos “guarura” (aunque esta voz designa un caracol en Colombia y Venezuela), durante más de una década, día y noche en los pasillos, las plazas y los elevadores (doy fe de haberme visto obligado a bajar de un ascensor e interrumpir una animada conversación para dejar lugar al caracol, digo, al chaperón armado).

Si Savater sobrevivió con buen humor a esa experiencia, podemos darle un voto de confianza a su vocación de salvavidas. Pero, ¿son incómodos los salvavidas?

Fernando Savater es uno de los nuestros, una parte de ese *nosotros* o entrenós al que aludían Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, los amigos secretos de Borges, tan admirado por Fernando. Este aficionado a la buena prosa y a las carreras de caballos y su universo elegante es uno de los miligramos prodigiosos de nuestra cada vez más rara levadura crítica. Ya lo sabemos: en países como los nuestros (y todo esto es nuestro país) hay que andar, leer y escribir no con pies de plomo sino de platino y, al mismo tiempo, con aérea felicidad. Fernando Savater es uno de los conjurados de la transición española y casi diría mexicana, uno de sus maestros pensadores. Ejerce su risueño magisterio tanto desde la cátedra como desde la conversación, ya sea a través del diario, el libro, la revista o el programa de televisión: más que ser un mediador magistral, es un maestro de los medios y un señor de los intersticios y del entre, un

agente invisible del entrenós a la manera de Chesterton. Un amigo de la amistad. Fue uno de los devotos de Cioran, a quien descubrió para el lector español, un ahijado del viejo patriarca anarquista catalán Ricardo Mestre Ventura, gordo patrono de la revista *Caos* en cuyas páginas convivió su nombre con los de Héctor Subirats, José Luis Rivas, *El reyezuelo*, efervescentes conjurados; compañero de armas de Javier Pradera en la revista *Claves* y en el periódico *El País* (por cierto, se puede leer ahí su columna “Despierta y lee” todos los martes); es autor de una tumultuosa e ingobernable producción literaria que desafía tanto al crítico como a los libreros de casa; centrada en la filosofía y la ética, el pensar en y desde el español las cosas; lector de Nietzsche, Deleuze, Baruch Spinoza, Borges, siempre Borges... *Borges: la ironía metafísica* es el noveno título, según creo, de la Biblioteca Fernando Savater (BFS) publicada con

el sello de Ariel (*Política para Amador, Idea de Nietzsche, Diccionario filosófico, Apóstatas razonables, Ética para Amador, Las preguntas de la vida, El valor de educar, Sobre vivir, Ética como amor propio, Misterio, emoción y riesgo. Sobre libros y películas de aventuras, La tarea del héroe, La vida eterna*). Hasta en eso se nota la velocidad de Savater: goza en vida del placer póstumo de que su nombre sea también el de una biblioteca dedicada a su obra. Milagro que todavía no tenga una calle, ¿o ya la tiene en las Guayanas y no la conocemos? Si hubiese sido un escritor mexicano, seguro que ya habría variado escuelas con su nombre. Al igual que Borges, Savater encarna el misterio de ser a la vez un escritor de y para minorías y un autor capaz de llenar estadios; el misterio evangélico de dejar contentos a la par a los felices pocos y a los dichosos muchos. Comparte con Valle-Inclán y con María Zambrano una cierta posición a la par central y

periférica en la cultura y, al igual que su amigo y maestro Octavio Paz, es un lector voraz de libros de filosofía —de Wittgenstein a Russell—, de ética, teoría política, de libros de ciencia, escritor de novelas y obras de teatro: escritor, sobre todo escritor obsesionado por el misterio de la conciencia, el despertar y la lectura... Trotamundos y mediador cosmopolita y profesional de la prensa y de la televisión, lo mismo escribe de Edgar Allan Poe que denuncia las incomodidades del clero y el nacionalismo. Político, también ciudadano responsable de esa forma de felicidad llamada inteligencia.

Se me antoja sentir en Savater a la figura de un músico capaz de hacer que, con el tañido de su flauta irónica, lo sigan las poblaciones moribundas y salgan de sus escondrijos los roedores grandes y pequeños de la ciudad a bailar en las plazas o a morir de risa. No le ha temido este autor secreto y para minorías al malentendido de hacerse *best-seller* millonario con libros como *Ética para Amador* que le han valido no sólo oleadas de lectores sino el amor de su hijo y de los hijos de los amigos de su hijo, como en bíblica procesión. Casi un rizoma pero menos que un partido político. Hace años decía Tomás Pollán que Savater había iniciado una carrera entre los años vividos y los libros publicados: esa carrera, decía entonces, la habían ganado los libros pues Fernando, que entonces promediaba como 55, ya había publicado más de 60 títulos, y hoy que acaba de cumplir 67 lleva por lo menos 84 volúmenes entre ensayos, novelas, conferencias, teatro, crónicas, antologías, diccionarios y panfletos, sin hablar de otros instrumentos como los programas y series de televisión. A estas alturas, yo diría que esa carrera (¿no se cansará Savater de ser Savater?) no la han ganado ni los libros ni los años, sino el hipódromo y sus asistentes, el pasto de la pista, la conversación, los lectores, los amigos que al escucharlo o releerlo nos sentimos un poco menos perplejos, algo aliviados por el discurso serpentino y saludable de Fernando Savater que sabe hacer con su palabra un poco más habitable nuestro bochornoso mundo. **U**

© Javier Narváez



© Javier Narváez



Palabras leídas el 28 de octubre de 2014 en la Sala Nezahualcóyotl, en la Ciudad de México, en la conferencia magistral de Fernando Savater.